

# CARA

Por IGNACIO AGUSTI

# Y CRUZ

## la ciudad en tinieblas

**E**L nuestro es un país de candil y ello nos da algunas veces singulares ventajas. Nuestros relatos y leyendas tienen por centro la luz de los candiles. En la imaginación de los niños, por lo menos hasta mi generación, palpitan de tal modo las formas, a la luz imprecisa de los candiles, que nos es imposible imaginar a los trasgos, a las hadas y a los fantasmas iluminados por la luz eléctrica. Y eso que nosotros habíamos nacido ya en plena efusión de la electricidad. Aún, sin embargo, en el campo, durante el verano, la luz con que nos iluminábamos por la noche era la luz de las velas o de aquel gas doméstico llamado acetileno, alrededor de cuya llama burbujaban los moscardones y mariposas nocturnas. Todo se teñía en esas veladas campestres de una luz fantasmal y de irrealidades. El carburo estaba a la orden del día y recordamos la facha adormilada de los grandes perros campestres bajo la pálida luz que destilaba. Había e un rincón de las fincas unos depósitos cilíndricos para la materia prima de ese gas doméstico. De ello nos apartaban los adultos, porque la proximidad de esos efluvios era deletérea; y se contaba de algún rapaz que en otros tiempos había sucumbido por caer en sus trampas mortíferas. Nosotros nacimos en un tiempo en que la electricidad ya estaba instalada en la vida social y no producía la menor sorpresa; pero todo, a nuestro alrededor, acababa aún la presencia de las formas de iluminación antiguas. Las lámparas del comedor de mi niñez eran la adaptación a la electricidad de los instrumentos inventados para la iluminación de gas. Las bombonas y pantallas de porcelana de esas lámparas, ideadas para el gas en camisolita, reflejaban mal la luz de las bombillas que les habían sido incrustadas. Esas lámparas estaban llenas de clavijas, ahora inservibles, que antaño graduaban la intensidad de la luz de gas. En estas adaptaciones y arreglos se advertía de manera palmaria el curso del progreso humano y ellas contribuían a dar noticia fidedigna del paso del tiempo y de los estímulos de la investigación y el saber humano. Nosotros estábamos en situación de agradecer a la naturaleza su sabia genealogía de descubrimientos. En las lámparas "pompier" de los salones no nos costaba nada adivinar la sagaz progresión del mundo, ni recibir la lección que nos daba la transmutación de las velas de cera antiguas, por otras velas de pasta o de porcelana en la cumbre de las cuales fulgía con descarado funcionalismo una bombilla. Así, podíamos reflexionar en el hecho de que éramos de los primeros seres del mundo que veíamos las cosas a través del inmenso regalo de la electricidad.

Lo que ocurre ahora es que nos hemos acostumbrado de tal modo a considerar la electricidad como un elemento natural y que no requiere explicaciones, que cuando sobreviene un apagón nos damos a todos los diablos. Para cualquier ser de la nueva hornada lo inequívoco es dar un golpe de pulgar a un botón y que se encienda una lámpara. En este país la jurisprudencia de los apagones es extensa y la fuerza de la electricidad y su frecuencia mantienen la suficiente inestabilidad para recordarnos su problemática naturaleza. Pero en los países sustancialmente eléctricos, la realidad de un apagón es una especie de contramilagro fulminante. Casi es cosa de no poderlo creer.

Cuando leíamos en la prensa el sofoco y la alteración que ha producido, en una vasta zona de los Estados Unidos, un

apagón total y prolongado, que afectó, entre otras, a la ciudad de Nueva York desde las cinco de la tarde hasta la misma hora de la madrugada siguiente, nos dábamos cuenta de la servidumbre que en ocasiones tiene el progreso. La civilización ya no puede regresar a determinados puntos de su origen, y quitarle de pronto al hombre la electricidad sería algo semejante a despojarle de su propia piel humana. En un país en el que ocurrió hace años el pavoroso movimiento alarmista que produjo una emisión de Orson Welles, en la que se fingía un desembarco de marcianos en los Estados Unidos, podían haber ocurrido en la noche del apagón reacciones de histeria peligrosas. Afortunadamente, no fue así, a pesar de que hubo ingentes masas humanas que permanecieron durante horas encerradas en las cabinas de los ascensores o metidas en los vagones del metro. Las autoridades consiguieron canalizar el tumulto que originaba la oscuridad, porque por fortuna las emisoras de radio no vieron paralizada su actuación. Todo se limitó a una exacerbación, a un susto, a un jolgorio como los que se producen en las aulas de estudiantes cuando se apaga la luz. Algún pellizco insólito, algún grito desmedrado y nada más.

Cuando volvió la luz, sin embargo, y los comentaristas pudieron rememorar la experiencia pasada, las voces de los hombres habían adquirido una extraña y excepcional gravedad. En la ciudad de Nueva York no había habido nunca un percance de este estilo. ¿Qué ocurriría si en un momento decisivo se producía un apagón, técnico o provocado, de este estilo? Las civilizaciones de hoy, basadas en la técnica, presentan esa doble faz: es posible, con sólo pulsar un botón, desatar el mecanismo de la guerra o de la destrucción, pero también es posible que un simple golpe en el botón amilane y destruya toda posible iniciativa. De un golpe, es posible desatar el dinamismo más desahogado; pero de otro golpe es posible llegar a la paralización absoluta. Esta idea inundó los ánimos de todos los que sufrieron el casual apagón neoyorquino. Otra de las reflexiones a que se prestaba el incidente, era el hecho de que Nueva York era tal vez la única ciudad grandiosa del mundo que no se había apagado totalmente en ningún momento. Londres, Roma, Berlín, París, Amsterdam, etcétera, tenían la experiencia de la oscuridad; pero no Nueva York. Feliz, risueña e iluminada había sentido la fricción de las guerras, pero no había tenido que apagar su luz. En la oscuridad, esa reflexión era palmaria.

Yo recuerdo así con el ánimo estremecido la impresión que me produjo mi primer contacto con la ciudad de París. Yo conocí París como se conocieron ciertos amantes en el Decamerón de Boccaccio: a oscuras y a tientas. Descendí del tren en la estación de Austerlitz, un día de septiembre de 1942, y crucé maleta en mano la ciudad, que estaba totalmente a oscuras, camino de mi hotel. Hay un acrecimiento del amor en la tiniebla. La vieja piedra gris tenía palpitación de carne. Una ciudad a oscuras parece que contenga con mayor intensidad que iluminada la totalidad de su historia. Así París, a través de ese tacto casi erótico por sus paredes y sus puentes, era una verdad desnuda tendida a la intemperie, sobre la que flotaban la retórica y el ajeno de Verlaine, la vincaperovínca de Proust y el Discurso del Método. Para una comprensión de las ciudades es preciso que éstas se hundan a veces en la oscuridad.

Así, es posible que la noche de impensada tiniebla que le aconteció a Nueva York, provoque una legión de nuevos enamorados de ella, capaces ahora de conocer su otra alma, esa que surge de sus paredes como una humedad de sus entrañas y a la que vamos palpando como ciegos con infinito amor.